Hartito me tenéis, canallas

Yo creo que hay menos pacientes que otros años. No sé, lo mismo estoy equivocado, pero me da esa impresión. Lo vengo notando desde hace tiempo. En realidad hoy, casos nuevos, lo que se llama casos nuevos, que yo recuerde, así a bote pronto, creo que no han llegado a la media docena. No lo sé, pero hasta en las guardias parece que el número de pacientes haya disminuido. Al menos en mi zona hay epidemia de salud (toca madera) y ojalá que dure. A lo mejor se debe a lo que el otro día un viejete del pueblo con el que lo estaba comentando, curtido de sol y de arrugas, me decía:

"Si es que, cuando las cosas vienen por su ser, la vida es como tiene que ser, que distinto es cuando las cosas vienen de torcido".

Con tan sesuda sentencia se refería a que este año al otoño, seco, soleado y tranquilo, de los de antes, siguió un invierno gris, con viento y frío rabioso; los chupiteles de hielo colgaban de los tejados como no se veían desde hace años para regocijo de los niños que, camino de la escuela, se empapaban los guantes chupándolos. Yo les animaba a ello, para desesperación de sus madres y maestras. En primavera llovió lo que tenía que llover y más, hasta hartar; iban los arroyos como torrenteras, y eso que ganamos en ensaladas de moruja, que mira que hubo. ¡Y el puñetero verano! Bueno, del verano ni te cuento: un sol de achicharrar, demoledor, que hasta los mismísimos grillos no se dejaban oír hasta bien pasadas las once de la noche. ¿Dormir? Una noche de un tirón ni la recuerdo; si era imposible, hombre, con ese calor… ¿Y las tormentas? Mal rayo las parta, que donde cayeron caían, ¿eh? Total, que como la climatología se ha comportado como parece ser que se tiene que comportar, de patología orgánica poquita. ¡Qué bien! Ése era el razonamiento de mi contertulio anciano, y para mí que tenía razón, porque nada como todo a su tiempo, que eso de verano en marzo, invierno en mayo y primavera por julio… ¡Lagarto, lagarto!

Pero, toma por daca, tengo la impresión de que, a medida que las demandas por enfermedades orgánicas serias disminuyen en consulta, aumentan las demandas de los aburridos. O las notas más, no sé, porque pijadas, lo que se dice pijadas, he visto a miles. Que si roces, golpecitos, granitos, escozores… ¡Y ay de tí como le quites importancia a sus memeces!, que encima se cabrean. Les hemos dicho entre todos que para eso también el médico es gratis y se lo han tomado al pie de la letra. Y de eso sí que estoy harto.

Luego están las consultas "por otros motivos", inclasificables, que, bueno, es que no sé ni cómo llamarlas. ¿Sociofamiliares, tal vez? Pues de ésas, cada día más y con un auge imparable. Y de ésas más harto estoy aún, porque creo que esas demandas en consulta lo que traducen es un grado de deterioro humano, familiar y social entristecedor y amargo, poco menos que irreversible. ¿De los que marcan el fin de una época? Quizás. O no, porque en realidad las soluciones a esas demandas a las que me refiero suelen ser tremendamente fáciles; pero dejémonos de esperanzas vanas: su aplicación es poco menos que imposible de llevar a cabo por quienes deberían hacerlo.

Por ejemplo. Madre de 3 hijos, 43 años, que acude de los nervios total a consultarme qué hacer con su hijo de 17 años, cuya factura de móvil este mes ha sido de veintitrés mil pesetas de las de toda la vida, la del otro de veintiséis, y la del anterior de diecinueve. Y por más que dice al chaval, que nada, que ni caso, y que eso no puede ser, porque

eso la mata, que lo que gana el marido no da más de sí y que no sabe qué hacer, ni de dónde recortar. Porque eso además es sólo lo de uno, el mediano, que los otros dos hijos, aunque se sujetan más, de las diez mil tampoco bajan nunca. Cuando le propongo que vaya a casa, les pida los móviles uno a uno y se los patee sin más, y hable con el banco para que no paguen ni una factura de móviles en lo sucesivo, rompe a llorar y me dice que no se atreve a eso, que le dé otra solución, que a lo mejor… Tampoco acepta la de tirar a los hijos por la ventana con sus móviles respectivos, que sería otra alternativa, un poco a lo bestia, lo comprendo. Y me quedo en silencio porque otra solución no hay, o yo no la tengo. Y respecto las lágrimas que se va comiendo, por pudor, cabizbaja, ante la súbita presencia de mi ATS cuando sale de la consulta. Hay que joderse.

Por ejemplo. Madre de 46 años, 2 hijos, el mayor 16, que, tras un buen rato de tanteos, requiebros y divagaciones, se decide, sincera y angustiada, a contarme de una vez que su verdadero problema no es lo de sus pies, que por lo que viene es porque ya no pueden más, e insiste en el plural, porque el que en realidad manda en casa no es su marido, que ojalá, sino el chavalete en cuestión. Los tiene metidos en un puño: conduce un coche de su padre aunque no tiene, por su edad, permiso alguno; entra y sale de casa a voluntad; rompe y rasga con desprecio el equilibro familiar; pide y gasta a capricho; y son, en plural, incapaces de cuadrarse ante él y pararle los pies. O, mejor dicho, se tienen que cuadrar ante su metro sesenta, desde hace tiempo, todos los días... Cuando le pido que me coloque a los miembros de la familia por orden de escalafón, me dice que el chico, la hija, que también es de cuidado, su marido y ella. Lee en mi silencio y de pronto me suelta:

"¿A que le parecerá mentira? Pues es la verdad, y es que no sé que hacer, y a lo mejor usted... Bueno, pero tampoco me diga lo que tengo que hacer, porque, la verdad, soy incapaz de hacer nada. El otro día a poco que lo intenté se me revolvió de mala manera, le tengo miedo, y es que lo mismo le pasa a mi marido. Hay que hacer lo que digan los hijos y lo que nos dejen, porque los que mandan en casa son ellos".

Su marido, al que conozco, tamaño armario ropero, tiene unas manos como para exprimir cocos que harían temblar al más pintao; pero es incapaz de plantarle cara y, desbordado, ha pactado que sea ella quien me lo venga a contar a ver si puedo echarles una mano, que a él le da no sé qué hablar "de eso" conmigo. Cuando le digo que me sugiera lo que según ellos solucionaría la situación a la que han llegado, como simple hipótesis de trabajo sin más, balbucea y suda para decirme algo parecido a "esperar que sean mayores y quieran irse de casa; eso sí que será un alivio". Y cuando le pido que me diga qué creen que puedo hacer yo en todo ello, con uno de 16 y la otra de 15 "pues si los manda venir y les dice las cuatro verdades, y que su padre es el que tiene que mandar en casa, y que le deben un respeto, y que a mí no me levanten la mano, pues a lo mejor...". Le corto en seco para indagar, con firmeza y decisión, que si alguna vez lo han hecho que me lo diga, que no esperamos a más y suda por cada pelo una gota cuando me dice que "pegarme, lo que se dice pegarme, no; pero insultarme, reírse de mí o de su padre o zarandearnos o echarse contra su padre como lobos o quitarme el dinero delante de mí… Tengo miedo, bueno a eso y a todo, que digo yo que un día que no esté su padre es capaz de hacerme de todo".

Me quedo en silencio, porque comprendo que todas las soluciones que me vienen a la cabeza son absolutamente desaconsejables para ser dichas en una consulta médica. Me noto tenso y la miro con dureza. Su incapacidad y la que intuyo de su marido me exasperan. Continuarán de rodillas, qué remedio.

Por ejemplo. Por la tarde, de guardia, veo a un muchacho de unos 20 años con faringitis febril. Una de sus orejas está anillada por unos diez o doce aritos a lo largo de su reborde exter-

no; la otra por unos ocho. Bajo la piel del frontal, dos semiesferas que imagino de titanio, a modo de precoces brotes cornudos, hacen franca y provocante protuberancia. Se los ha colocado ahí, a demanda, un capullo con título de médico, que, ya puestos, le habrá cobrado un pastón, atornillados al frontal. Para verle la faringe tengo que pasar la vista por encima de dos bolas que atraviesan su adolescente lengua. La cuestión es que el muchacho parece normal y no se le ve tarao, así de entrada; pero eso no es normal. No puede ni debe ser normal. Hay que estar zumbao para hacerse eso. Pienso en sus padres, lo que habrán tenido que tragar, en silencio, con este angelito metalizado. Pobrecillos.

Por ejemplo. Este fin de semana, para no variar, cuarenta y pico personas, con nombres y apellidos, biografía, amigos, familia y montones de ilusiones, han quedado rotos, como muñecos de cartón, para siempre, en las cunetas de las carreteras, ante la indiferencia y la aceptación impotente de todos nosotros. Hacen coches que van como obuses, y en manos de conductores jóvenes e impulsivos son auténticas máquinas de matar. Y no hay quien lo remedie, semana tras semana. ¿Qué cura tiene ese horrible drama? Estoy hasta los güebos de tener que acudir a las cunetas a ver veinteañeros entre luces histéricas de destellos azules y amarillos, por los que muy poco o nada se puede hacer ya; de recoger zapatos ya inútiles de chavales con las piernas descolocadas, en silencio, entre olor a brea y gasolina; muchachos rotos sobre asientos manchados, a los que miro pupilas que jamás volverán a ser iluminadas. ¡Y a ver quién se lo dice a los padres! ¡Dios, de eso sí que estoy harto!

Para más inri estoy leyendo en mi paquete de ducados una expresión cuasi sádica y de mal gusto, en un recuadro tipo esquela, que dice que “el tabaco puede provocarle una muerte lenta y dolorosa”. Joder por joder, porque, independientemente de que sea verdad o no, ponerlo ahí es una auténtica pasada y una gilipollez. Que lo pongan también en las botellas de güisky, en las del vino de Rioja o en las puertas de los coches, mismamente. O en la etiqueta del jamón, la tortilla de patatas o los botes de fabada. Ya puestos a amargarle la vida a uno...

¡Hartito me tenéis, canallas!

Correspondencia: eltuerto@semg.es